

La teología de Gustavo Gutiérrez y sus ecos en la ética teológica contemporánea

Juan Miguel Espinoza Portocarrero

Resumen: Ante la reciente partida del teólogo peruano Gustavo Gutiérrez (1928–2024), este ensayo analiza dos temas centrales en el pensamiento de este profeta latinoamericano que contribuyeron a la renovación de la teología moral contemporánea tras el concilio Vaticano II. En primer lugar, se trabaja la novedosa articulación entre la promesa de salvación cristiana y la experiencia humana de la liberación de la opresión política o socioeconómica, que es una de las ideas más originales de Gutiérrez. En segundo lugar, nos adentraremos al aporte de Gutiérrez como uno de los teólogos pioneros en comprender el sufrimiento humano como un desafío teológico que requiere respuestas éticas complejas, que armonicen el rostro concreto de los oprimidos y sus condiciones históricas con las causas estructurales que hacen de dicho sufrimiento una injusticia social.

LA RECIENTE PARTIDA DEL TEÓLOGO PERUANO GUSTAVO Gutiérrez (1928–2024) invita a revisitar su reflexión teológica y las resonancias que provocó en la historia de América Latina y del catolicismo global. Sin lugar a dudas, estamos frente a una de las mentes más brillantes del siglo XX. Su contribución al desarrollo de la teología latinoamericana de la liberación ha sido reconocida como un hito del pensamiento crítico contemporáneo y de la deseuropeización del cristianismo.

Para la teología contemporánea y la ética social católica, las ideas de Gutiérrez fueron una “verdadera revolución” durante el último tercio del siglo XX, como subraya el teólogo norteamericano Michael E. Lee.¹ Gutiérrez ayudó a ensanchar el imaginario religioso católico incorporando una renovada articulación de la conexión entre fe y política que colocó la opción preferencial por los pobres como una dimensión constitutiva de la fe cristológica y de la ética cristiana.

En este ensayo, se exploran dos temas centrales en el pensamiento de este profeta de los excluidos y descartados de la Tierra que

¹ Michael E. Lee, “El profeta que revolucionó la teología católica para los pobres,” *Páginas* 49, no. 276 (2024): 16.

alimentaron la renovación de la teología moral contemporánea tras el concilio Vaticano II. En primer lugar, se trabaja la novedosa articulación entre la promesa de salvación cristiana y la experiencia humana de la liberación de formas de opresión, que es una de las ideas más originales de Gutiérrez. En segundo lugar, nos adentraremos al aporte de Gutiérrez como uno de los teólogos pioneros en comprender el sufrimiento humano como un desafío teológico que requiere respuestas éticas complejas, que armonicen el rostro concreto del que sufre, las condiciones históricas del problema y las causas estructurales que hacen de dicho sufrimiento una injusticia social.

LIBERACIÓN Y SALVACIÓN

No es posible comprender a Gustavo Gutiérrez fuera de sus circunstancias históricas. La reflexión de este teólogo fue moldeada por el mundo de los años sesenta del siglo XX, una coyuntura de inflexión en la historia latinoamericana y mundial. En medio de los conflictos geopolíticos de la Guerra Fría, esta década se caracterizó por la propagación de un movimiento cultural de protesta con alcance global. El cuestionamiento a los poderes político-económicos del orden internacional y a las instituciones y valores tradicionales gatilló una corriente de optimismo utópico que confiaba en la emergencia inminente de un “mundo nuevo” más democrático. De manera particular, en América Latina, se produjeron transformaciones sociopolíticas derivadas de la crisis del orden oligárquico y el creciente cuestionamiento a la desigual distribución de la riqueza y el poder por profesionales, universitarios, sindicatos y colectivos sociales. La Iglesia católica experimentó una nueva vitalidad con el concilio Vaticano II y su recepción latinoamericana en la conferencia general del episcopado en Medellín (1968) que movilizó a una generación de católicos hacia el diálogo con los desafíos de la modernidad y el desarrollo, así como la lucha contra las injusticias sociales.

Gutiérrez supo interpretar su momento histórico y tejer una reflexión intelectual y una práctica pastoral que es una fuente de inspiración para creyentes y no creyentes.

En un mundo que estaba empezando a comprender las causas estructurales de la pobreza y la violencia, y en una Iglesia que apenas empezaba a afrontar los desafíos de la modernidad, el padre Gutiérrez fue un profeta que vio claramente cómo la proclamación cristiana de la salvación involucraba no solo el más allá, sino que incluía también la liberación humana en esta vida,²

² Lee, “El profeta que revolucionó la teología católica para los pobres,” 16.

como señala Lee.

En el convulsionado proceso histórico latinoamericano de la década de 1960, Gutiérrez identificó un signo de los tiempos: La “irrupción” sociopolítica de los pobres luchando por salir de la miseria y construir una sociedad más justa para las mayorías. Alimentado por el intercambio con otros teólogos, científicos sociales y movimientos católicos, Gutiérrez fue reconociendo en este fenómeno un contexto desde el cual “hacer una teología adecuada a la situación de América Latina, hecha de injusticias sociales y de pobreza humillantes,” como ha recordado Leonardo Boff en su acción de gracias por su amigo entrañable de camino.³

La primera generación de teólogos de la liberación, en la que destacaron nombres como Gutiérrez y Boff, decidió vincularse a la vida de los excluidos de la sociedad y sus luchas porque allí descubrió la acción salvífica de Dios aconteciendo de manera actualizada en el “aquí y ahora” latinoamericano. Desde el mundo de los pobres resistiendo a formas de “violencia institucionalizada,”⁴ elaboraron un horizonte utópico que orientase una praxis cristiana comprometida con historizar el reino de Dios en medio de un continente sufriente. Para esta utopía cristiana, desde la toma de conciencia de los oprimidos de la Tierra y la recuperación del sentido de su dignidad como agentes de la historia, emerge una esperanza activa en que Dios cumplirá su promesa de instaurar una nueva creación y una nueva humanidad.

Ubicado en esta genealogía, Gustavo Gutiérrez tiene el mérito de haber sido uno de los teólogos pioneros en articular un entendimiento de la salvación como realidad intrahistórica desde una perspectiva no europea. Inspirado por la constitución pastoral *Gaudium et Spes* del Vaticano II, en su libro *Teología de la liberación*, aparecido en 1971, Gutiérrez encuentra en los movimientos de lucha contra la dependencia económica, política y cultural y las estructuras socioeconómicas de injusticia un terreno donde se actualiza la promesa de salvación del Dios revelado en Jesús de Nazaret. Haciendo una relectura de la teología hebrea de la creación y de la salvación, el libro del Éxodo se comprende como paradigma para afirmar que la liberación política es una forma histórica en que la salvación es experimentada por los seres humanos. En palabras de Gutiérrez, “luchar contra una situación de miseria y despojo, y construir una sociedad justa es insertarse ya en el movimiento salvador, en marcha hacia su pleno cumplimiento.”⁵

³ Leonardo Boff, “La fuerza de los pequeños,” *Páginas* 49, no. 276 (2024): 8.

⁴ CELAM, *Documento conclusivo de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín*, 16.

⁵ Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación: perspectivas*, 7 ed. (Centro de Estudios y Publicaciones, 1990), 256.

La indisoluble unidad de la historia de la salvación y la historia humana es un punto sobre el cual Gutiérrez insistió. Siguiendo esa premisa, los procesos de liberación constituyen lugares teológicos para descubrir la acción de Dios hoy, inspirando a las comunidades a transformar las estructuras de violencia e injusticia como signos que historizan la confrontación entre gracia y pecado. Desde una perspectiva creyente, estas luchas adquieren su significación al situarse en un horizonte escatológico, donde la acción por transformar el presente es fuente de revelación de la acción de Dios y del sentido final de la historia.

Gutiérrez es claro al afirmar que el horizonte de la liberación política es una realización histórica parcial de la promesa divina de salvación, pues ninguna experiencia humana puede contenerla de manera absoluta. Entre el progreso temporal y el crecimiento del reino de Dios hay una relación estrecha pero no son realidades equivalentes. Según Gutiérrez, “el hecho histórico, político, liberador es crecimiento del Reino, es acontecer salvífico, pero no es la llegada del reino, ni toda la salvación.”⁶ Sin embargo, para el autor, es innegable que el compromiso político de cristianos y no cristianos a favor de la creación de condiciones más humanas en medio de una situación histórica marcada por la inhumanidad es realización concreta del Reino.

Más aún, la praxis política de liberación, entendida como la promoción de un nuevo tipo de persona para construir una sociedad más humana, es signo que anticipa el futuro hacia el que orientan las promesas escatológicas del Dios revelado en Jesús, quien sigue recreando su acción salvífica en el presente por medio del Espíritu Santo. Los compromisos con la justicia social son inspirados por la promesa de una comunión plena entre Dios, los seres humanos y todo el resto de la creación, y a la vez son testimonio que inspira a otros la esperanza en que vale la pena asumir esta opción de vida. Por lo dicho, la lectura escatológica que Gutiérrez hace de los procesos de liberación lo lleva a enfatizar el papel de una esperanza activa que orienta hacia el futuro como fuente de inspiración y guía para la acción en el presente. El asumir un compromiso por confrontar y reformar las estructuras de injusticia es cooperar con la salvación de Dios hoy. Y esos esfuerzos no serán defraudados porque en Cristo hemos sido testigos que la gracia y la vida siempre triunfan sobre el pecado y la muerte.

En tal sentido, Gutiérrez apela a la noción de utopía para reconciliar praxis política y fe cristiana. Si bien, nuevamente no son categorías equivalentes, en medio de un mundo de injusticia y

⁶ Gutiérrez, *Teología de la liberación*, 285.

violencia, la persona cristiana no puede asumir una postura neutral. Al contrario, tiene que asumir una opción por la liberación de los oprimidos y por la construcción de un nuevo orden social justo y fraterno, que inevitablemente presupone confrontar estructuras históricas de pecado. La utopía es aquel horizonte histórico-político que, al desenmascarar la realidad en todas sus contradicciones, moviliza hacia una meta temporal alcanzable y que resulta primicia de la venida escatológica del Reino. Sin pretender reducir el Reino a ser una utopía, Gutiérrez sostiene que no es posible historizar la salvación sin involucrarse concretamente con una visión política de una nueva humanidad y una nueva sociedad en sintonía con los valores del Evangelio.

EL SUFRIMIENTO HUMANO COMO DESAFÍO TEOLÓGICO-ESPIRITUAL

En su formidable historia de la teología moral católica, el eticista jesuita James Keenan encuentra que una de las innovaciones teológicas del siglo XX fue que la inquietud por aliviar el sufrimiento humano —entendida como una práctica moral durante la milenaria historia de la espiritualidad cristiana— se convirtió en un tema central en la reflexión teológica.⁷ A partir de la década de 1970, la teología sistemática y la ética teológica se han interrogado sobre las particularidades de las causas y las dinámicas del sufrimiento, así como la diversidad de recursos disponibles para enfrentarlo. Keenan señala que los enfoques teológicos sobre el porqué del sufrimiento y el qué hacemos al respecto se han enriquecido de una comprensión más integral de la persona humana a partir del conocimiento de las ciencias sociales y la filosofía contemporánea. El agente moral no es meramente un individuo herméticamente encerrado en sí mismo, sino un ser social definido por sus relaciones con otros y situado en un contexto histórico con determinadas estructuras sociales y culturas que moldean su conciencia.⁸

En este giro, Gustavo Gutiérrez, en tanto teólogo sistemático, fue uno de los catalizadores de la irrupción del sufrimiento humano como pregunta teológica.⁹ Para este autor, una utopía cristiana en la clave del reinado de Dios debía soñarse “desde el reverso de la historia”, participando de la vida de los pobres, sus gozos y sufrimientos, así como de sus luchas por convertir su insignificancia en procesos de humanización.¹⁰ Mirar la realidad desde los ojos de los pobres

⁷ James F. Keenan, *A History of Catholic Theological Ethics* (Paulist Press, 2022), 306.

⁸ Keenan, *A History of Catholic Theological Ethics*, 304–305.

⁹ Keenan, *A History of Catholic Theological Ethics*, 306.

¹⁰ Gustavo Gutiérrez, *Teología desde el reverso de la historia* (Centro de Estudios y Publicaciones, 1977).

conducía a una experiencia de conversión que movilizaba a encarnar el anuncio evangélico de la primacía de la vida y denunciar el poder de la muerte tan visible en las desigualdades existentes en Latinoamérica. En tal sentido, los pobres eran un lugar teológico prioritario o fontal, sacramento de Dios en la historia, pues acogiendo su clamor Dios renovaba su promesa de salvación en tanto liberación de estructuras de opresión y convocaba a toda la humanidad a sumarse a dicho movimiento salvífico.

Es un acto de justicia insistir que esta inquietud de Gutiérrez fue compartida por otros teólogos de la liberación. Desde la sangrienta guerra civil de El Salvador (1979–1992), los teólogos jesuitas Ignacio Ellacuría y Jon Sobrino articularon la categoría de “pueblo crucificado,” estableciendo una conexión entre la vida de los pobres del Tercer Mundo y el misterio del ministerio, muerte y resurrección de Jesucristo.¹¹ Según Sobrino, la muerte sometía a los pueblos crucificados en tres formas históricas: 1) pobreza económica consecuencia de estructuras injustas, 2) represión política por causa de guerras y la negativa de los poderosos en renunciar a sus privilegios, y 3) etnocidio cultural, en tanto el orden social les priva de sus culturas para debilitarles su identidad y hacerlos indefensos.¹² Caminar con los pobres conducía a reconocer su condición de víctimas de un sistema económico y político injusto, que se ensañaba con sus vidas y enmascaraba esta realidad en falsas ideologías de progreso.

No obstante, los pueblos crucificados traían salvación, a semejanza de Cristo crucificado, modelo del “siervo sufriente de Yahvé.” Para Sobrino, tal afirmación escandalosa, no era mera especulación intelectual, sino cosa de captar la realidad. Su aspecto históricamente salvífico radicaba en ser “luz que desenmascara la mentira” de un orden global injusto y violento. Pero, sobre todo, los pueblos crucificados “muestran hacia dónde hay que ir,” haciéndose signos vivos de una utopía cristiana, en tanto su práctica de la solidaridad y la fraternidad constituye un modelo para regenerar el mundo a través de nuevas formas de relación social más humana. Su potencial radica en ofrecer valores subversivos que contradicen la civilización imperante y que están en armonía con la predicación del Reinado de Dios. En palabras de Sobrino, “los pobres tienen un potencial humanizador porque ofrecen comunidad contra el individualismo,

¹¹ Ignacio Ellacuría, “El pueblo crucificado, ensayo de soteriología histórica,” *Revista Latinoamericana de Teología* 6, no. 18 (1989): 305–333; Jon Sobrino, “Los pueblos crucificados, actual siervo sufriente de Yahvé,” en *El principio-misericordia: Bajar de la cruz a los pueblos crucificados* (Sal Terrae, 1992), 83–95.

¹² Sobrino, “Los pueblos crucificados, actual siervo sufriente de Yahvé,” 85.

servicialidad contra el egoísmo, sencillez contra la opulencia y apertura a la trascendencia contra el positivismo.”¹³

La crudeza del sufrimiento de los pobres y el valor teológico de sus luchas por dignidad y justicia exigía a los cristianos y, por supuesto a los teólogos, hacer una opción preferencial por los pobres. Tal consigna significaba solidarizarse con los marginados y confrontar las estructuras de poder político y económico que los oprimen. Más aún, para los teólogos latinoamericanos de la liberación, la opción por los pobres era un principio hermenéutico para interpretar la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia por medio de los anteojos de una reflexión crítica nacida de la práctica de hacerse cargo del sufrimiento de los rostros concretos de los pobres.

Gutiérrez contribuyó a situar categorías clave para los desarrollos posteriores de la teología de la liberación, las cuales repercutieron en la ética teológica global. Mediante un diálogo fecundo con las ciencias sociales, este autor reconoció cómo en el drama del sufrimiento humano hay causas que trascienden el ámbito del comportamiento individual o las dinámicas interpersonales. Hay estructuras de poder económico y político que, de manera silenciosa, configuran y legitiman patrones de opresión y dominación.¹⁴ Para Gutiérrez, la lucha contra la pobreza, la violencia y otras formas que truncan el crecimiento humano requiere un análisis de lo que denominó “estructuras de pecado,” entendiendo por esto formas de organización de la política, la sociedad y la economía que perpetúan que las mayorías empobrecidas del mundo sufran a costa del beneficio de ciertas élites que concentran el poder.

El concepto de “estructura de pecado” ensanchó la comprensión de la agencia moral en la ética teológica, que en la tradición católica había estado relacionado, principalmente, con la acción personal deliberada. Desde esta categoría, los poderosos, aunque no ejercieran directamente violencia contra los pobres, eran los responsables de la existencia de las condiciones estructurales de dicho sufrimiento. De manera similar, la indiferencia y la tolerancia complaciente con estas estructuras eran un pecado social, ya que avalaba un orden social alienante y daba beneficios indirectos a quienes guardaban silencio.¹⁵

La toma de conciencia de la dimensión estructural del pecado era un llamado a la acción. Desde sus escritos más tempranos, Gutiérrez convocó a forjar un nuevo modo de ser Iglesia, que despertase de la complicidad para “salir del ghetto a buscar las causas profundas” de

¹³ Sobrino, “Los pueblos crucificados, actual siervo sufriente de Yahvé,” 93.

¹⁴ Keenan, *A History of Catholic Theological Ethics*, 307.

¹⁵ Para ahondar sobre el desarrollo del concepto de “estructura de pecado,” ver Daniel J. Daly, “Structures of Virtue and Vice,” *New Blackfriars* 92, no 1039 (2011): 341–357, <https://doi.org/10.1111/j.1741-2005.2010.01355.x>.

los problemas que sufrían los pueblos latinoamericanos e involucrarse en el proceso de liberación que exigía la “creación permanente de una nueva manera de ser hombre.”¹⁶ Sin lugar a dudas, esta novedosa articulación entre fe y política a favor de una opción preferencial por los pobres fue una de las innovaciones más destacadas de Gutiérrez.

No obstante, en sus trabajos teológicos de madurez en los años 1980, Gutiérrez tuvo una preocupación continua en fundamentar la opción preferencial por los pobres como principio constitutivo de la Tradición cristiana. Para él, la Biblia era la fuente primordial para asumir que la solidaridad con los pobres tenía un carácter teológico y no solamente ético. En su estudio del libro de Job, redescubrió que el sufrimiento de los inocentes era una pregunta teológica antigua, que adquiriría nuevos matices desde el contexto latinoamericano de miseria y violencia política. Así reinterpretó el problema de la teodicea levantando una de las preguntas fundamentales de su pensamiento: “¿De qué manera hablar de un Dios que se revela como amor en una realidad marcada por la pobreza y la opresión? ¿Cómo anunciar el Dios de la vida a personas que sufren una muerte prematura e injusta?”¹⁷

La historia del catolicismo fue otro recurso importante al que recurrió en su defensa de la opción por los pobres, como revela su monumental trabajo sobre el fraile dominico Bartolomé de las Casas (1474–1566).¹⁸ La vida de este promotor del reconocimiento de la dignidad de la población indígena durante la colonización de las Américas fue interpretada por Gutiérrez como un precursor de la teología de la liberación y un modelo cristiano de lo que significaba responder al sufrimiento en un contexto de dominación.

Sin descuidar su preocupación por enraizarse en la Tradición, Gustavo Gutiérrez fue un intérprete de la realidad histórica que le tocó vivir. Su libro *La fuerza histórica de los pobres* de 1978 es una expresión rotunda no solo de su convicción de que los pobres iban haciéndose protagonistas de la historia, sino también de su olfato político-intelectual para analizar una coyuntura latinoamericana que oscilaba entre la violencia política de las dictaduras militares y las guerrillas y la terca lucha de colectivos sociales por la justicia social y la democratización de las sociedades.¹⁹

¹⁶ Gustavo Gutiérrez, “Prólogo,” en *Signos de renovación: recopilación de documentos post-conciliares de la Iglesia en América Latina* (Comisión Episcopal de Acción Social, 1969), 6.

¹⁷ Gustavo Gutiérrez, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente: una reflexión sobre el libro de Job*, 3 ed. (Centro de Estudios y Publicaciones, 2004), 19.

¹⁸ Gustavo Gutiérrez, *En busca de los pobres de Jesucristo: El pensamiento de Bartolomé de las Casas* (Instituto Bartolome de las Casas, 1992).

¹⁹ Gustavo Gutiérrez, *La fuerza histórica de los pobres*, 3 ed. (Instituto Bartolome de las Casas, 2024).

Además, Gutiérrez tuvo un liderazgo moral durante el periodo más sangriento del conflicto armado interno peruano (1980–2000), caracterizado por las violaciones a los derechos humanos por el grupo subversivo Sendero Luminoso y las Fuerzas Armadas, la agudización de la crisis económica y el recrudecimiento de la pobreza. Contribuyó en los diversos esfuerzos de la Iglesia católica y la sociedad civil, así como con sus columnas de opinión en la prensa nacional, en la resistencia a la espiral de violencia, denunciando con firmeza las violaciones a los Derechos Humanos y haciendo llamados insistentes a construir la paz en justicia y fraternidad.²⁰ Por esos años, reflexionó sobre la imagen del Dios de la vida, tomada del libro de la Sabiduría, para animar las iniciativas de resistencia ciudadana contra la violencia a partir de un diálogo entre la fe cristiana y los enfoques de defensa de los derechos humanos.²¹

La vida de Gutiérrez estuvo marcada por la incompreensión y el hostigamiento de ciertos sectores de la jerarquía de la Iglesia y grupos de poder, quienes buscaron invalidar su rica producción intelectual para silenciar sus críticas contra los regímenes autoritarios, la naturalización de las estructuras económicas desiguales y las causas estructurales de la pobreza. La Congregación para la Doctrina de la Fe le abrió un proceso para evaluar la ortodoxia de su teología, del cual, tras muchos años de diálogo difícil pero honesto, logró salir airoso. Más aún, el Magisterio de la Iglesia ha reconocido el aporte de teólogos latinoamericanos como Gutiérrez al incorporar la opción preferencial por los pobres como principio de la doctrina social de la Iglesia y, como sostuvo el papa Benedicto XVI, “está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza.”²² El Papa Francisco incorporó la opción preferencial por los pobres como un eje transversal de su magisterio, tal y como dan cuenta la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* – hoja de ruta de su pontificado – y las encíclicas sociales *Laudato Si’* y *Fratelli Tutti*. La creatividad intelectual y la perseverancia de Gutiérrez han logrado que los pobres sean reconocidos como rostro concreto y actores históricos, situando al trabajo por aliviar su sufrimiento en el corazón de la Iglesia y de la agenda global por el desarrollo.

²⁰ Olle Kristenson, *Pastor in the Shadow of Violence: Gustavo Gutiérrez as a Public Pastoral Theologian in Peru in the 1980s and 1990s* (Universidad de Uppsala, 2009).

²¹ Gustavo Gutiérrez, *El Dios de la vida* (Instituto Bartolomé de las Casas y Centro de Estudios y Publicaciones, 1989).

²² Benedicto XVI, “Discurso en la sesión inaugural de la V conferencia general del episcopado latinoamericano y del Caribe,” Mayo 13, 2007, vatican.va/content/benedict-xvi/es/speeches/2007/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20070513_conference-aparecida.html.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Las maneras en que la trayectoria intelectual de Gutiérrez ha inspirado nuevos caminos para la reflexión teológica y el pensamiento crítico contemporáneo es un tema que requiere mayor estudio académico. Sin posibilidades de ahondar mucho, este ensayo ha puesto énfasis en su contribución a la ética teológica contemporánea en lo que respecta a la articulación entre fe y política y liberación y salvación, y, especialmente, a la centralidad que el problema del sufrimiento humano ha ido adquiriendo en esta disciplina teológica desde la década de 1970. La teología de la liberación de Gutiérrez desarrolló categorías que han sido apropiadas por la teología moral católica, especialmente en aquella cultivada desde América Latina.²³ La más central, sin lugar a dudas, es la opción preferencial por los pobres, pero han sido igualmente relevantes la articulación de las nociones de pecado estructural o social, concientización, liberación integral, el Dios de la vida, entre muchas otras.

Desde una mirada amplia, Gutiérrez y la primera generación de teólogos de la liberación contribuyeron a madurar la convicción teológica y política de que los trabajos por construir un mundo con condiciones más humanas deben imaginarse desde la experiencia de los pobres y en el compartir la vida con ellos y ellas. Tal criterio resulta un antídoto para evitar que dichas propuestas políticas se conviertan en ideologías que enmascaran la realidad para perpetuar nuevas formas de dominación e intereses de poder. Y, además, son un aliciente para el desarrollo de la teología moral contemporánea.

Pensadores como Gutiérrez son más relevantes que nunca hoy que habitamos un mundo distópico amenazado por la crisis ecológica global y la reactivación de proyectos políticos autoritarios que se creían desterrados de la esfera pública tras la Segunda Guerra Mundial. Su vida, y sobre todo su testimonio, reta a los intelectuales a vencer la apatía y salir en búsqueda de los artesanos de fraternidad y los poetas sociales que desde las periferias existenciales y geográficas resisten al mal y labran una nueva creación. **M**

Juan Miguel Espinoza Portocarrero es profesor asociado del Departamento de Teología de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Su investigación estudia la recepción del concilio Vaticano II en Latinoamérica, participando del proyecto Vaticano II: Legacy and Mandate, que prepara un comentario teológico internacional e intercultural sobre los documentos de este evento y su impacto en la Iglesia católica global. Entre sus publicaciones, destacan los libros

²³ Keenan, *A History of Catholic Theological Ethics*, 318–319.

Más en las obras que en las palabras: historia de los centros sociales de la Compañía de Jesús en el Perú (2021) y Universidad en salida: catolicismo, ciudadanía y responsabilidad social en la historia de la Pontificia Universidad Católica del Perú (2022).